

EL DEBER CUMPLIDO

MIGUEL MENA

Aurelio me dejó detrás del edificio de Correos, en una calle de poco tránsito donde encontramos una papelería, y se fue a rodear la manzana en busca de un sitio para aparcar.

—Te espero aquí. No tardes. La rueda de prensa es a las doce. Si ves que no encuentras sitio, déjalo encima de la acera. Ya pagarán la multa en la tele.

Compré el periódico y me apoyé en un banco para hojearlo, pero apenas había leído los titulares cuando me sobresaltó el grito de una mujer. Una madre que empujaba un carrito de niño acababa de descubrir a un hombre sentado sobre la barandilla de un balcón, asomado al vacío, con indudable intención de saltar. Estaba en un cuarto piso y le sobraban metros para matarse.

La tranquilidad de la calle se alteró de repente. Lamenté la mala suerte de que Aurelio se hubiera ausentado precisamente en ese instante, pero no podía quedarme de brazos cruzados. Me lancé al medio de la calle, por delante del corrillo de personas que empezaba a formarse, y alcé los brazos para llamar la atención del suicida.

—¡Un momento, señor! ¿Ha pensado bien lo que va a hacer?

—¡Apártese de ahí si no quiere que le aplaste!

Me había situado a propósito en su línea de caída, con la seguridad de que no saltaría mientras tuviese alguien debajo. Ahora necesitaba ganar tiempo, distraerle un poco, y sólo podía hacerlo dialogando con él.

—¿Por qué va a tirarse?

—Eso no es asunto suyo.

—¿Cree que va a arreglar algo así?

—Ni así ni de ninguna manera.

—¿Hay alguna persona responsable de que tome usted una resolución tan drástica?

—Muchas. Demasiadas.

—¿Y las instituciones? ¿Tiene algo que reprochar al ayuntamiento o al gobierno regional?

—Todos tienen su parte de culpa.

—¿Habría alguna manera de disuadirle de la terrible decisión que está a punto de tomar?

—No. Ninguna.

—¿Cuál es su última voluntad?

—Que se aparte de ahí ahora mismo.

—¿Desea transmitir algo a la sociedad?

—Sí; que se pueden ir todos a la mierda.

Era tan lacónico en sus respuestas que por un momento pensé que no lo conseguiría, pero justo entonces escuché la voz de Aurelio. Llegaba corriendo con la cámara al hombro, listo para enfocar. No necesité decirle nada, llevamos muchos años juntos en la televisión y tenemos el mismo instinto para la noticia. Simplemente me retiré con el resto de los mirones para que Aurelio pudiera hacer su trabajo. Al fin pude callarme y dejar que el vecino del cuarto tomara su última decisión. Me había costado un gran esfuerzo prolongarle la vida cinco minutos, pero había merecido la pena. Ya podía tener la conciencia tranquila al saber que no nos quedaríamos sin las espectaculares imágenes de su muerte, a las que suma el testimonio de la entrevista en exclusiva que me había concedido antes de fallecer.

Empecé a pensar en un titular y en que, si el hombre del balcón se daba prisa, aún tendríamos tiempo de llegar a la rueda de prensa.